

Sin un gesto de horror y sin un grito,  
 Como rueda la mole de granito  
 Que al empuje del rayo se desploma.

Buscador de un secreto,  
 Acaso visionario,  
 Víctima tú tambien, llegó tu instante. . .  
 Si temblaste lo sabe ese sudario  
 Que envuelve tus despojos de gigante.  
 Sublime sacerdote de la vida,  
 No con mi acento vengo á profanarte:  
 Con toda mi conciencia estremecida  
 A solas te daré mi despedida  
 Cuando empiecen los hombres á olvidarte.

F. FRIAS Y CAMACHO.



SEÑORES:

COMO Presidente que soy actualmente de la Sociedad Médica de Beneficencia de México, tengo el honor de representarla en esta triste circunstancia, para manifestar su profundo dolor por la pérdida inmensa que todos deploramos. Ella está cubierta de luto, y sus lágrimas salen de lo más íntimo del corazón, no solo porque era el Dr. Jimenez uno de sus miembros más antiguos y de sus más fieles cooperadores, sino tambien porque en el seno de la Sociedad, él representaba muy á lo vivo el espíritu de pura filantropía que es la base y el objeto de su existencia. Disfrutando él mismo abundantes bienes de fortuna, nada tenia que esperar de esa Sociedad, por cuya prosperidad trabajaba sin más interés que el de auxiliar á sus compañeros desvalidos. Era, pues, para nosotros un riguroso y sagrado deber el levantar nuestra voz en tono de gratitud para honrar la memoria del distinguido Dr. Jimenez.

Pero faltaria yo al impulso de mi corazón si me limitara á recordar os méritos que adquirió el Dr. Jimenez en la Sociedad de Beneficencia;

y aunque parezca supérfluo celebrar al insigne facultativo, cuya fama es ya tan conocida en toda la República, no puedo ménos de pronunciar algunas pocas palabras para manifestar públicamente los sentimientos de admiracion y de aprecio que él supo inspirarme desde sus primeros pasos en la carrera. Fuimos contemporáneos y amigos Jimenez y yo; y desde los principios de nuestra práctica pude conocer su talento y su amor á la ciencia, su constante y ejemplar aplicacion, su genio observador y reflexivo; en una palabra, ese conjunto de cualidades que rara vez se encuentran reunidas en un mismo profesor: á ellas debió Jimenez su brillante carrera, y para que las pudiera aprovechar de una manera más completa, tambien disfrutaba constantemente una salud perfecta.

Así llegó Jimenez á ser aclamado en el mismo gremio de la Facultad como el primer clínico mexicano; y aludiendo alguna vez en el seno de nuestra amistosa intimidad á la alta posicion científica que él habia conquistado, me decia que «no la habia robado,» insinuando que era el fruto de su constancia en el estudio: porque la ciencia no se improvisa, ni se puede tomar por asalto. Y para que nada faltara á ese modelo de lo que puede y debe ser un médico, Jiménez unia á su grande capacidad un carácter noble y caballeroso, digno de nuestro delicado ministerio.—Qué extraño, pues, que su reputacion fuera inmensa y sin mancha!—Qué extraño que estén de duelo todas las clases de la sociedad al apagarse esa antorcha de la ciencia médica!—Cuando un facultativo se eleva á tanta altura por su talento y su saber, su muerte es una verdadera calamidad pública.

Cuando vino por fin una cruel é incurable enfermedad á turbar la serena y feliz existencia de Jimenez, se presentaron en más alto relieve las bellas prendas de su carácter firme y varonil: en el lecho del dolor su conducta fué constantemente digna de admiracion. Su muerte fué la del verdadero cristiano.

Voló, pues, á la mansion de los justos esa alma noble y elevada, dejando en la tierra un nombre que queda grabado en el corazon de sus numerosos amigos, en los anales de la ciencia mexicana, y entre los hombres ilustres de la República.

Adios, Jimenez! antiguo colega y compañero querido de mis primeras armas! Nadie cultivará tu memoria con más afectuoso recuerdo que el que fué tu sincero admirador y tu cordial amigo!

DR. MARTINEZ DEL RIO.